

CUADRO QUINTO

ESCENA PRIMERA

Desfiladero en lo más intrincado de Peñas Rojas.

REBECA

(Meditabunda, arrastrando sus miradas por el suelo.)
A las almas caritativas me encomendó aquel señor... Bien pudo socorrerme...; pero no lo hará, porque la sutil Atenaida le tiene sorbido el seso... Y ahora, pasada la tremolina entre los cielos y la tierra, parece que la encopetada señora Razón vuelve á gobernar este mundillo... Lucidos estamos los que hemos hecho méritos con tantas hambres y desnudeces en el bando contrario... Buen pago nos da ese perro de Satán, que se pasa la vida en el infierno rascándose la barriga en brazos de esa golfa que llaman Asparté. (Pausa.) Nada, nada, me paso al vencedor; quiero vivir, quiero comer. (Acelera el paso, y se mete por un terreno pedregoso y volcánico, con grietas que arrojan bocanadas de aire cálido y vapores sulfúreos.) Aquí encontraré á Nadir. (Alzando la voz.) Nadir, ¿dónde estás?

ESCENA II

REBECA, NADIR; después ZAFRANIO

NADIR

(Negro y escueto, destacándose de la sombría boca de una caverna.) Aquí me tienes esperándote... Ya creí que no venías.

REBECA

Hubiera llegado sin la peripecia que te contaré. Me detuvo la Guardia civil...

NADIR

(Riendo.) Por lo de la urna. Menudo bromazo le dimos al Santo Pajón. Con mis uñas y las tuyas abrimos el cepillo y sacamos las perras, poniendo en su lugar clavos.

REBECA

Yo entregué la urna, y la verdad, me dolió la ofensa que hicimos al Niño Jesús.

NADIR

Para el Niño no hay ofensa.

REBECA

En buen hora lo digas. La intención es lo que salva. ¿No hemos convenido en cambiar de vida, pasándonos al campo del Dios triunfante, reconociéndole como el único verdadero?

NADIR

Sí; pero advierte que nos han de exigir duras y largas penitencias. De otro modo no podrían admitirnos.

REBECA

Pues las haremos, disciplinándonos con zurriagos de algodón y ayunando los siete viernes...

NADIR

Todo ha de ser verdad, pues la farsa no vale; así lo ha dicho Zafranio, que entiende mucho de estas cosas.

REBECA

Y Zafranio, ¿no anda por aquí?

NADIR

Ha ido al monasterio de los Jerónimos á revolver la biblioteca buscando el texto de aquel filósofo cristiano que dijo: «Al fin, hasta el Diablo se ha de salvar.»

REBECA

¡Ah, sí! Ese filósofo se llama así como...

NADIR

Orígenes, Orígenes. Que anunció nuestra salvación es indudable. La duda está en que no sabemos si para nuestra salvación debemos esperar ó no al Juicio Final.

REBECA

¿Y para poner en claro esa cuestión, ha ido Zafranío á examinar las palabras mismas del filósofo cristiano?

NADIR

Justamente, á eso ha ido; pero pronto estará de vuelta. Sigamos hacia abajo. Agárrate á mí que ya anochece, y por estos vericuetos hay que andar con mucha precaución. Aquel día, funesto para nuestra causa, en el suelo de Peñas Rojas se abrieron las bocas de los antiguos cráteres, escupiendo fuego y exhalando vapores asfixiantes...

REBECA

(Medrosa.) Y ahora parece que se repite la función; yo siento temblar el suelo bajo mis pies. ¿Habrá llegado nuestra última hora? (Oyense voces iracundas.) ¿Es esa la voz de Zafranío?

NADIR

Zafranío es el que grita; pero no está solo: oigo también el grito ronco de Arimán.

REBECA

(Poseída de pánico.) Y un graznido de cuervo que se confunde con la chillería de Celeste. (Fogonazo lívido ilumina las rocas.) Yo me muero de miedo, Nadir. Vámonos por otro lado. (Dan algunos pasos hacia la izquierda, y se encuentran en el mismo sitio; ante ellos aparecen dos figuras siniestras: son Zafranío y Arimán.)

ESCENA III

REBECA, NADIR, ZAFRANIO, ARIMÁN, CELESTE

ZAFRANIO

(Disputando con Arimán.) Sí, sí. He leído lo que dijo el gran Orígenes: que una contrición sincera nos salvará.

REBECA

(En un arrebato de desesperación.) Yo quiero salvarme. Yo confieso al Dios Omnipotente. (Trata de huir, y no puede moverse.)

NADIR

Yo también.

ARIMÁN

(Con voz de trueno, adquiriendo proporciones gigantescas.) Reptiles, miserables sabandijas, renegáis de vuestra estirpe satánica. Arimán es siempre Arimán. (Rebeca, Nadir y Zafranio caen al suelo.)

ZAFRANIO

Origenes, á tu doctrina nos amparamos.

ARIMÁN

(Con grito estentóreo.) Abrete tierra. (De una profundidad cercana salen llamaradas crugientes.) Celeste, amiga leal, ven conmigo. (Recoge del suelo un bulto, que más bien parece guñapo inmundo. Celeste, estrangulada por Arimán, lanza un bramido gutural; de su boca chorrean asquerosas babas.) Los renegados... quédense aquí revolcándose en su propia ignominia. Nosotros, los leales, al reino de nuestro padre Satán. (Precipitanse en el cráter.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 2000 TORREÓN, MEXICO

CUADRO SEXTO

ESCENA PRIMERA

Calle principal en el pueblo de Rosales de Tejada. Primeras horas de la mañana. Llegan las caravanas de los aceiteros y los maranchoneros. De un carro descienden el cura y su ama; de otro Atenaida y Alejandro. Estos, invitados por don Hilario, entran en la casa rectoral, donde se les aposenta y agasaja cumplidamente. Como primera providencia acudieron á reparar los cuerpos desmayados con sendos tazones de chocolate ó café, y de añadidura lonchas de jamón pasadas ligeramente por la sartén. Después de esto, no tardó el ama en desplegar con febril diligencia sus cualidades de mujer hacendosa, y tan pronto se la veía en la despensa como en el comedor ó en la cocina, dando órdenes á las mandaderas para el acopio de carnes y hortalizas. En estas domésticas funciones brindóle Atenaida su ayuda, y ambas andaban trajinando sin darse punto de reposo, mientras don Hilario, divagando por la huerta con Alejandro, informaba á éste del estado de las cosechas. Durante estas pláticas oían el campaneó del almirez en la cocina, y observaban el presuroso ajetreó de las mandaderas desplumando pollos y escamando truchas. Al filo de las doce se sirvió la comida, que correspondió á la campechana largueza del

cura y á la calidad de sus huéspedes. No se relata la muchedumbre de platos servidos ni el sazonado condimento de ellos, porque las crónicas de que se ha extraído esta Fábula Teatral mencionan muy á la ligera los manjares, y sólo nos cuentan extensamente lo que entre bocado y bocado y con buen apetito, hablaron los comensales.

ALEJANDRO

(Al terminar el tercer plato.) Señor cura; aunque usted no sea un santo, y en esto no hay ofensa, porque los santos ya no se usan, declaro y sostengo que posee usted en grado sublime la virtud de la hospitalidad.

EL CURA

(Sonriente.) La religión me ordena dar posada al peregrino, y la cortesía me impone el deber de obsequiar al amigo. Virtudes tengo del orden social y del religioso, aunque no todas las que constituyen el perfecto sacerdote. La perfección sólo se encuentra en el Año Cristiano, y yo, por designio inexorable de mi naturaleza, no puedo aspirar á la canonización. Como cura de almas cumplo cuanto la Iglesia me ordena. Soy el mejor amigo de mis feligreses; yo les quiero á todos, y ellos me quieren y me reverencian. Cierta que hay un punto de conciencia en el cual he dejado á un lado los escrúpulos...

ALEJANDRO

Comprendido, señor don Hilario. ¿Quiere usted que yo pronuncie el *ego te absolvo*? (Las dos mujeres se miran sonrientes.)

EL CURA

Hagamos los honores debidos á estos pollos con tomate. (Siguen comiendo. Al llegar á los postres oyesese rumor de voces en la estancia próxima.)

ATENaida

Ahí tenemos al Santo Pajón.

EL AMA

Le convidaremos á tomar café.

EL CURA

Si, sí; que pase el asendereado viejo.

ATENaida

Voy á llamarle.

ESCENA II

LOS MISMOS.—EL SANTO PAJÓN, que entra con su urna colgada del pescuezo. Recíbenle todos afablemente, y le sirven una copa de coñac.

PAJÓN

(Contestando á las preguntas que le dirigen.) Pues, señor, cuando la Guardia civil de Peñas Rojas me devolvió la urna, noté que mi Niño estaba flaquito y con la cara muy triste.

EL AMA

Eso sería del susto que pasó.

ATENAIDA

Pero ya se ha repuesto. Mírenle: es el mismo de siempre.

PAJÓN

La urna pesaba mucho... y yo me dije: menuda colecta de perras me traes, Niño mío. Al encontrarme solo abrí el cepillo, y me quedé anonadado y compungido viendo que estaba lleno de clavos. (Ríen los comensales.)

ATENAIDA

No podía usted esperar otra cosa de aquella bribona de Rebeca... ó de los diablos que venían con ella.

EL CURA

¿Y qué hizo de aquella metralla?

PAJÓN

Los clavos eran nuevos y buenos, de esos que sirven para herrar las caballerías. Como debemos mirar siempre al negocio, fui á casa de un albeitar que está en la carretera y le vendí los clavos por dos reales.

ALEJANDRO

Vaya, amigo, que usted no pierde ripio, y sabe sacar partido hasta de los timos que le dan.

EL CURA

Es usted un hombre aprovechado. Minga, sírvele café y otra copita de coñac.

PAJÓN

Mil gracias, señor cura y la compañía. Y ya que son tan corteses conmigo, les diré que he cumplido los ochenta y dos años, y que ya me cansa esta vida errante por caminos y andurriales. Quisiera pasar los pocos días que me restan de vida en una ocupación sedentaria, tranquila.

ATENAIDA

Usted me ha dicho que en su mocedad fué pasante en la escuela de su pueblo.

PAJÓN

Sí, señora. Antes de meterme en el petitorio tomaba la lección á unos chiquillos, que me hacían burla y no aprendían nada. Lo que entonces sabía yo se me ha ido olvidando. Sólo me acuerdo de algunas cosas de Geografía, por ejemplo: cuántas son las partes del mundo y cómo se llaman. De la Gramática recuerdo del masculino, femenino, neutro, común, epiceno y ambiguo, con aquello de con, por, sin, de, etcétera, etc.

ATENAIDA

Con esos conocimientos bien podría usted desempeñar una plaza en cualquier escuela pública, *verbi gratia*: llevar y traer los niños de sus casas al colegio.

PAJÓN

Señorita Atenaida, eso sería el colmo de la felicidad en mis últimos años. Mas antes de aceptar esa prebenda, tengo que presentar mi dimisión de santero á las señoras monjas de mi pueblo, rendir cuentas de mi recaudación en los últimos meses y entregarles el Niño, que aunque no esté á mi lado, espero que me proteja en mis últimos años y en la hora de mi muerte, amén.

EL AMA

Pues todo eso lo arreglaremos por acá. Se entregará la urna á las dominicas placentinas, que son muy amigas nuestras, y no tendrá usted ninguna dificultad para rendir sus cuentas.

PAJÓN

¡Ay! Lo agradezco mucho, señora; pero el traslado del Niño á esas monjas dominicas que usted dice, no se puede hacer sin que lo apruebe el patrono de esa comunidad.

ATENAIDA

(Vivamente.) El patrono de la comunidad es don Juan de Valtierra.

ALEJANDRO

Mi tío, hermano de mi madre.

EL CURA

¡Oh, Valtierra! Rico propietario y labrador del Campo de la Vera, grande amigo mío. Ya está muy viejo el pobre.

ATENAIDA

A ese santo varón, apóstol de la verdad y amparador de los humildes, debí yo la primera escuela que regenté en este país.

ALEJANDRO

Y yo le debí un cariño entrañable que nunca olvidaré.

EL CURA

Pues si van ustedes hacia allá mandaré á Valtierra un propio avisándole su visita.

ALEJANDRO

Atenaida le habrá prevenido por los maranchoneros.

ATENAIDA

Qué maranchoneros; días ha que lo sabe y nos está esperando.

PAJÓN

Y si fuera menester otro recado, yo lo llevaría.

ATENAIDA

No es preciso. Mañana, víspera de San Juan, llegaremos allá.

EL CURA

Sí, porque hemos convenido que esta noche la pasarán ustedes con nosotros.

CUADRO SÉPTIMO

ESCENA ÚNICA

Solsticio de verano. Noche de San Juan. Feraz campiña; paisaje espléndido; los árboles cargados de fruto; el suelo tapizado de florecillas silvestres; cielo espléndido, sin nubes; brillan las estrellas con extraordinario fulgor; la Vía Láctea semeja un río de polvo luminoso. En la tierra, hogueras próximas y lejanas; rumor de rondallas y cánticos alegres. ALEJANDRO y ATENAIDA avanzan, contemplando embelesados la ideal hermosura de la tierra y del cielo.

ALEJANDRO

¿Hemos llegado, amada mía?

ATENAIDA

Estamos frente al Campo de la Vera; tocamos al término de nuestra caminata fatigosa, y no tardaremos en llegar á la granja que habita el patriarca Valtierra.

ALEJANDRO

(Con alegría.) ¿Estás segura de lo que dices?